

« Antigo condiscípulo del P. Olivaint en la escuela normal, hacia treinta y cuatro años que no lo habia vuelto á ver cuando nos hemos encontrado en la cárcel de la Roquette, el miércoles 24 de mayo, á la hora del paseo en comun de todos los rehenes. El fué quien se me vino á dar á conocer, estrecharme la mano y abrazarme con efusion, no sin un recuerdo melancólico sobre las dolorosas circunstancias de esta estraña entrevista, en semejante lugar, y despues de una vida por ambos lados tan diversamente agitada. Despues, cogiéndome á parte, el P. Olivaint, su mano en la mia, con un tono á la vez afectuoso y grave, me tuvo el lenguaje de un sacerdote y de un amigo, y quiso asegurarse de si yo comprendia como él nuestra situacion y lo que nos quedaba que hacer. Evidentemente su sacrificio estaba hecho: desde la antevíspera, no conservaba ninguna ilusion, ningun resto de esperanza; y su firme amistad no trató de disimular un sentimiento de satisfaccion cuando le confesé que veía las cosas lo mismo que él, que en total nada nos separaba en aquel supremo momento, y que habia tenido la dicha de encontrar ya cerca de mi compañero de celda, Padre de las misiones estranjeras, lo que le habria pedido á él mismo si nuestro encuentro hubiese tenido lugar un dia antes.

«Muy bien, mi querido camarada, me dijo con su tranquila sonrisa; pero me parece que me perteneciais, y que tengo un poco el derecho de estar celoso.»

«He vuelto á ver al P. Olivaint al dia siguiente jueves, despues de la muerte del señor Arzobispo, y tambien el viernes, dia en el cual debia él mismo sufrir el martirio. He tenido la triste felicidad de conversar cada vez largo rato con él: sin insistir sobre la inminencia demasiado visible del peligro, apartaba

evidentemente el pensamiento de su interlocutor, como el suyo propio, de todo lo que hubiese podido despertar vanas esperanzas; y su valerosa caridad se dedicaba á hacer mirar frente á frente un destino por decirlo así inevitable, á poner el corazon al nivel de la última lucha. Dando de barato su propia vida, rebajaba su sacrificio, él, sacerdote de la Iglesia militante, á las proporciones mas sencillas y modestas; y, para sostener algunas flaquezas bien naturales, casi legítimas, al escucharle, se estendia en levantar y engrandecer nuestro sacrificio que los lazos de la sangre y de la familia parecian hacer mas difícil de cumplir. «En estas condiciones, decia, una muerte cristiana es verdaderamente como un segundo bautismo; y se puede uno abandonar con la mas entera confianza en la misericordia de Dios.»

«Tengo el doloroso pesar de no haber podido estrecharle por última vez la mano en el momento del fúnebre llamamiento. Todos los que se han encontrado junto á él en aquella hora suprema han dado testimonio de la firmeza tranquila y serena, de la heroica sencillez de que ha dado prueba. Sí, segun se cuenta, ha marchado á la cabeza de las víctimas desde la Roquette hasta el lugar del suplicio, bien digno era de este puesto de honor, y nadie podia mejor que él dar á sus compañeros el ejemplo y el valor del martirio.»

El señor abate Bayle, Vicario general capitular de París, me refiere tambien una última confidencia del P. Olivaint. Pasaban juntos la recreacion: «Verdaderamente, me siento gozoso, le decia el Padre, con yo no sé que expansion; me acuerdo lo que refiere san Francisco de Sales: cuando, atrevesando el lago de Ginebra en una barquilla, fué asaltado por una gran

tempestad, se regocijaba de no estar separado del abismo mas que por una débil tabla, porque así no estaba sostenido mas que por la mano de Dios. ¡Pues bien! nuestra vida pende de un hilo; pero este hilo, es Dios mismo y Dios solo quien lo sostiene. ¡Oh cuán feliz soy de estar entre las manos de Nuestro Señor!»

¿No es este acaso el momento de traer á la memoria algunos recuerdos y presentimientos, antes de referir el último acto que los realizó y los consumó? Desde largo tiempo atrás el P. Olivaint llevaba ya en sí como el instinto del martirio.

Desde su entrada en la Compañía, como uno de sus amigos tuviese alguna veleidad de seguirle: «Veamos, le pregunta, el P. Olivaint con viveza, decidme: estais dispuesto á ser enroddado por el amor de JESUCRISTO?—No, dijo el otro.—Pues bien! le contestó, permaneced donde estais y no vengais á donde voy. No teneis vocacion.»

A propósito de las persecuciones incesantes y hasta de las últimas desgracias posibles: «Qué le importa, exclamó, á un jesuita que sacrifica su corazon todos los días, el tener que dar una vez su cabeza?»

Al principio de la insurreccion de París, cuando aquella pacífica demostracion de la plaza Vendôme, cuyo resultado fué tan trágico, el jóven Pablo Odelin, uno de sus mas queridos hijos de Vaugirard, habia caido en la primera fila, mortalmente herido. El P. Olivaint acudió al momento, los ojos bañados en lágrimas, y besando en la frente al generoso niño que no existia ya: «Oh mi querido Pablo, dijo, descansad en paz. Y yo, que quisiera estar en vuestro lugar!»

La última vez probablemente que hablaba en público, bien

poco tiempo antes de su arresto, despues de haber aludido á nuestras desgracias, merecidas por nuestras faltas nacionales, añadió de pronto con acento profético: «Y ahora es indispensable á nuestra Francia lo que fué necesario al mundo, el rescate por la sangre; no por la sangre de los culpables, que se pierde en el suelo y queda muda é infecunda, sino por la de los justos que clama al cielo, conjurando la justicia é invocando la misericordia.»

En fin, me acuerdo de ello y creo oirle todavía, en nuestras últimas conversaciones, el P. Olivaint me daba parte de sus proyectos y de la actitud que debia tomar, si iban á cogerle é interpelarle. «Ante todo, me decia, quiero colocarme en mi terreno y darme por lo que soy: ciudadano francés sin duda, pero sacerdote y jesuita; porque bajo este último título es como vivo y quiero morir.—Sea, se le contestó, *moriámur in simplicitate nostra*; si es necesario morir y no es posible evitarlo, muramos por completo y caigamos de una vez.»

Constante consigo mismo, el P. Olivaint, en el umbral de la Conserjería, manifestó todos sus títulos con voz firme y sonora: «Pedro Olivaint, sacerdote y jesuita.»

Está bien! ó Padre mio; ahora todavía un paso mas, y la palma es vuestra.

El 26 de mayo caia justamente en viérnes; el dia no podia ser mejor escogido; así tambien, esta vez, la muerte iba á estar acompañada de una pasion llena de ignominias y sufrimientos. Las víctimas tendrán que andar y subir, para ir á encontrar bien léjos su calvario.

El tiempo estaba lluvioso. Para la recreacion del medio dia, no se permitió á los prisioneros el bajar al camino de ron-

da, sino solamente el pasearse en el corredor mismo, en medio de sus celdas.

De pronto aparece un delegado de la Commune; se adelanta con aire desenvuelto, teniendo una lista en la mano, y va á colocarse en medio del corredor, en un espacio que ocupaba el ancho de dos celdas el cual se habia dejado libre para dar luz al interior.

Todos los prisioneros son agrupados en frente.

El personaje oficial anuncia desde luego, como una cosa muy sencilla, que le hacen falta quince nombres, ni mas ni menos; que responda cada cual al suyo.

El P. Olivaint es llamado el primero: «Presente», dijo en el momento atravesando el corredor; y va á colocarse frente á frente de los presos para empezar el grupo de las víctimas.

El P. Caubert, llamado el segundo, en lugar de responder inmediatamente, entra en su celda para tomar en ella algun objeto, quizás el divino viático en la entrada del camino doloroso. El triste heraldo de la Commune levanta la cabeza y dándose un aire chancero esclama: «Pero señores, os lo ruego, no estéis asustados.» — Y aun cuando lo estuviéremos, le contesta un sacerdote joven, ciertamente con vos estamos por ello bien pagados.» Al cabo de un momento, el P. Caubert reapareció y fué tranquilamente á coger su puesto junto al P. Olivaint.

El nombre del P. de Bengy, que era el tercero en lista, mal escrito, fué todavía peor pronunciado.

Se contentó pues, con responder con completa naturalidad: «Si quereis decir de Bengy, soy yo, hémé aqui.»

Terminada la lista, como los condenados pidiesen entrar primero en sus celdas para hacer á toda prisa algunos preparativos

de marcha (muchos estaban en zapatillas y sin sombrero): «No, no, se les contestó, para lo que os queda que hacer, estais bien de este modo. Seguidme, bajemos al despacho y partamos.»

A las quince víctimas recogidas en el corredor del primer piso de la cuarta division, se añadieron otras, sacadas en las otras secciones de la Roquette, y se obtuvo así unas cincuenta, cifra exigida por la Commune.

Se emprendió la marcha.

El P. Olivaint notó entonces que tenia todavía en la mano su breviario. Llegado á la puerta exterior de la cárcel, comprendió que desde aquel momento no tendria ya necesidad de él, y sin duda para sustraerlo á una profanacion, lo presentó al bravo conserje de la casa, diciéndole: «Tomad, amigo mio, hé aquí mi libro.» Este lo aceptó, pero un capitán de la guardia nacional se lo arrancó en el mismo momento de las manos y lo arrojó al fuego. El conserje lo retiró de él, en cuanto se vió libre de la vigilancia de aquellos miserables. Quería guardarlo como una reliquia y rechazó las seductoras ofertas de un alto personaje que le envidiaba la posesion de aquel piadoso tesoro. Pero, despues, se ha deshecho de él en favor nuestro, sin que fuera posible hacerle aceptar ninguna gratificacion. Es el breviario grande en 4.º que todos conocemos; lo conservamos en la calle de Sèvres, medio quemado, pero tanto mas precioso para los hermanos del P. Olivaint.

Entre tanto los detenidos que quedaban todavía en la cárcel prestaban en vano oido atento á las ventanas de sus celdas; ninguna detonacion fué á anunciarles que se habia consumado un segundo holocausto. Se les dijo luego que la ejecucion debia tener lugar en Belleville.

Todo el mundo se pregunta la razon de esta medida: y para qué ir tan léjos?

Era para realzar la fuerza moral de los combatientes en aquellos últimos atrincheramientos de la insurreccion, trasformando los rehenes en prisioneros y hacer creer todavía en la victoria en medio mismo de la derrota? Era para sobrescitar las pasiones estremas? Porque el pueblo se emborracha con el vapor de la sangre. No era quizás únicamente para prolongar la agonía antes del suplicio? Solamente los miembros de la Commune podrian respondernos.

Aquí son indispensables algunas indicaciones topográficas; estaremos de este modo en el teatro mismo del crimen y podremos asistir al sangriento drama de la calle Haxo. Está la tal calle léjos, muy léjos de la Roquette, tres kilómetros quizás, y son indispensables á lo menos tres cuartos de hora para franquear este intervalo. El camino de un extremo al otro es casi todo en cuesta y hasta en algunos sitios rápida. En aquellos barrios retirados, el bajo pueblo hormiguea por las calles: Belleville simple arrabal, es una verdadera poblacion de 55,000 habitantes, situado entre la Villette que cuenta 71,000 y Menilmontant que tiene mas de 40,000.

Tenemos que seguir el siguiente itinerario, fácil de trazar sobre un plano de París. Saliendo de la cárcel, tómesese á la derecha la calle de la Roquette hasta el cementerio del Père-Lachaise, despues el boulevard á la izquierda, la calle de los Almendros, la calzada de Menilmontant, hasta el boulevard Puebla; sigase este boulevard hasta la interseccion de la calle de las Regueras para desembocar en la calle de Belleville cerca de la alcaldía del vigésimo distrito; despues de haber andado todavía bas-

tante tiempo por esta última calle, se encontrará la calle Haxo; gírese á la derecha y se llega al n.º 85; allí está la Cité-Vincennes, sobre la meseta de san Fargeau, entre Belleville y Menilmontant.

La Cité-Vincennes, segun costumbre admitida, está separada de la calle Haxo por una verja que queda abierta durante el dia. Despues de haber atravesado un espacio cercado de casitas y huertecitos se llega á un gran patio, frente á un edificio bastante vasto aunque de mediana apariencia, el cual habia servido al estado mayor del segundo sector durante el sitio de París y se habia convertido en un cuartel general desde la insurreccion parisiense. Mas allá, sobre la izquierda, se penetra en una especie de terreno baldío, en donde se distingue un espacio oblongo, descubierto, pero cerrado en el fondo, sobre el lado que costea la calle del Borrégo, por altas murallas, y por delante con una simple pared de basamento, destinada sin duda á suportar un enrejado. Es una sala de baile campestre en construccion. Mucha distancia hay, pero no tanta como pudiera creerse, del destino de este local á su uso. En fin, en medio de este terreno desigual y todavía obstruido con los materiales en desórden, se abre un respiradero cuadrado dando sobre un futuro foso de letrina.

Volvamos á coger el hilo de nuestra relacion.

El cortejo salia de la Roquette y se ponía en movimiento poco despues de las cuatro, puesto que á las cuatro y media desfilaba ya por la calzada de Menilmontant. A la cabeza, cincuenta pasos delante, marchaba un guardia, con la cabeza descubierta, anunciando en alta voz que se conducian allí gentes desarmadas; versalleses hechos prisioneros por la mañana en la Bastilla, y que recomendaba á los ciudadanos la calma de la

fuerza y la dignidad de la victoria. Venian enseguida los condenados, en hilera, y dos á dos, teniendo el aire muy tranquilo. Se les aseguraba que eran solamente trasladados á un sitio mas seguro que la Roquette y que no se les haria daño alguno. Felices á la verdad los que habian puesto en otro lado su confianza! En este largo convoy, no se observaban mas que un pequeño número de sacerdotes con sotana, cuatro ó cinco próximamente; los demás vestian traje seglar. La escolta al rededor y detrás se componia de ciento cincuenta hombres armados, guardias nacionales del batallon n.º 173, á los cuales se habian unido, para tan bella ocasion, *Niños perdidos* de Berget y otros bandidos de toda clase de nombres.

Al principio, durante el tránsito del cortejo, sea consternacion, sea pánico, se cerraban tiendas y ventanas; pero pronto cambió la escena. A la altura del boulevard Puebla, las mujeres y los niños acuden, afluyen, rodean las filas y persiguen á las víctimas con imprecaciones y mil gritos de muerte. Las heroínas de la Commune van á hacer desde este momento en gran parte el gasto de la horrible expedicion. Donde están ahora aquellas vírgenes modestas y llenas de abnegacion, que hemos encontrado no ha mucho llevando á nuestros queridos cautivos el pan de la tierra y el del cielo? La religion levanta la mujer por encima de su sexo, y alguna vez hasta por encima del nuestro; la impiedad la degrada siempre y la deprime hasta por debajo de la naturaleza. No tenemos ya mas que bacantes, ébrias de lujuria y trasformadas con la carnicería, verdaderas furias, con la blasfemia en la boca y el revolver en el puño. La muchedumbre iba engruesando de cada momento, la prisa era estremada; los guardias tenian que luchar para proteger á las víc-

timas, no contra los insultos, sino contra las últimas violencias.

Se llegó á la calle de Belleville entre la iglesia y la alcaldía del vigésimo distrito. Allí, el cortejo hizo un alto, y como los gritos del pueblo se hacian mas amenazadores, se estuvo en el caso de llegar sin tardanza al desenlace. Sin embargo se prosigue la marcha y para acallar un pocolos clamores de la muchedumbre, ó para dar mas solemnidad al acto, se añade al cortejo una música militar, cornetas, acompañadas de tambor, tocan una marcha y se va al suplicio como se iria á un espectáculo.

Pero no me es posible ya, en medio de este horrible altercado entrever todavía una vez á mis hermanos que van á morir? Testigos oculares han observado y me han señalado en las filas á las víctimas, un sacerdote dando el brazo á un seglar, que parecia estenuado de fatiga. Ah! reconozco perfectamente á los dos: el P. Cauber, cuyo valor era mayor que sus fuerzas, se apoyaba en el brazo del P. Olivaint, su superior, su hermano y su amigo. Indiferentes al ruido de la muchedumbre, oraban y hablaban dulcemente como si hubiesen estado solos, y sin duda se ocupaban todavía de la familia que abandonaban y ya de la que iban á encontrar en el cielo.

Bien cerca de ellos marchaba el P. de Bengy, la cabeza levantada siempre y el corazon dilatado.

Antes de llegar á la calle de Haxo, hubo todavía un momento de perplegidad. Se fué á dar con una barricada armada con una ametralladora.

Fué enseguida cuestion de concluirlo todo con un solo golpe. Pero se cambia de opinion se está por fin en el término, cerca de la entrada de la Cité-Vincennes. El pasaje es estrecho, la multitud enorme y mas furiosa á medida que el desenlace está

mas próximo, allí mismo, un anciano sacerdote, que tenia trabajo en seguir, es violentamente arrancado al triste cortejo, muerto por una mujer de un tiro de revolver y arrastrado hasta el lugar de la ejecucion general.

Ya todo aquel sitio próximo que hemos descrito estaba ocupado, invadido por los hombres armados, las mujeres y los niños. Se hace entrar á las cincuenta víctimas, se les empuja brutalmente en aquella desgraciada sala de baile y se les acorrala completamente revueltos junto al gran muro del fondo. Por un instante dos oficiales cubiertos de galones quieren interponerse y ganar tiempo; pero violentamente inerpelados, amenazados ellos mismos de ser fusilados antes que los otros, no escapan de la muerte mas que con la fuga.

Entonces, hácia las seis de la tarde, pasó en la Cité-Vincennes, una última escena absolutamente indescriptible, no una ejecucion, una matanza. No se fusilaba, se asesinaba, y las odiosas mujeres hicieron casi tanto como los hombres. Sin poder distinguir nada, se percibian á la vez las detonaciones multiplicadas de los revolvers dominando los chirridos de los chassepots, las vociferaciones de los verdugos y los gemidos de las víctimas. El gran tumulto duró próximamente un cuarto de hora. Largo tiempo se cebaron todavía sobre los muertos; en fin, despues de haberles saqueado y despedazado á placer, se les precipita completamente al azar en la innoble cueva, y sin remordimientos van á lavarse la sangre que tiñe sus manos en todos los arroyuelos de Menilmontant y de Belleville.

Oh! Padre nuestro, que estás en los cielos, *perdónalos porque no saben lo que hacen!*

Pocos dias despues, visitábamos ese teatro de un gran crimen, que habia vuelto á quedar silencioso y desierto; contemplábamos con melancólica mirada aquel único testigo mudo de tantas agonías, aquel gran muro del fondo acribillado de balas y manchado con sangre, y aquel horrible agujero abierto en medio! Pero en el momento, corrigiendo la impresion de la naturaleza y elevando nuestros pensamientos por la fé: el suplicio, nos dijimos, no ha sido mas que un martirio, y ya la espiacion ha cubierto el crimen.

Hermanos queridísimos, hemos llorado por vosotros en tanto que no habiais concluido de combatir; no lloramos ya desde que habeis empezado á triunfar; y sobre ese sepulcro extraño, y sin embargo glorioso, en que habeis descansado tres dias, depositaremos una palma tanto en señal de recuerdo como de esperanza.